

Angel Cruchaga Santa Marfa

# Oraciones

## I

### LA ORACION DE MIS VENAS



**V**ENAS mías, cantos de suavidad sobre el mundo, por vosotras va mi sufrimiento iluminándome. Venas mías, redes de la maravilla ahondadas en mi cuerpo, así como vosotras sois los caminos que desembocan en la timidez del corazón, nosotros, arroyos en lo obscuro, nos desparramamos sobre la tierra para morir en Aquel que está inmóvil sobre el Oriente abriéndose el costado profundo.

Venas mías, canción inextinguible de mis recuerdos, ir y venir de la vida a la muerte; flujo y reflujo de las más distantes estrellas, volveos a la sombra que derrama sobre los mundos la túnica del Señor!

Venas mías, en vosotras se copia la belleza y guardada queda perfumándose. Venas mías, vosotras sois la divina tela de araña en la cual se prende el mundo.

Un día quise yo lanzaros por la tierra como un haz de raíces para que bebieran toda la hermosura del universo. Los montes y los valles le darían su canto profundo; pero cuando iban mis venas por los caminos arrastrándose, apareció de súbito, así como apareces tú mi Dios a los santos, el cuerpo de una mujer frente al cielo morado, entonces mis ojos sorbieron la belleza de aquella que andaba con las manos tendidas y lentas y ahondadas mis venas se fueron recogiendo hasta desembocar nuevamente en mi corazón.

Venas mías, desde aquella hora siento que la eternidad me atra-

viesa como un dardo cuando recuerdo, aquellos ojos abiertos al mundo como las llagas del Señor.

## II

### LA ORACION DE MIS PENSAMIENTOS

Yo poseo una red y la arrojo en mi mar, y ella aparece fulgurante de pensamientos; unos vienen de tan lejos que yo no podría adivinar su origen; acaso traen el rumor de los primeros árboles de la tierra; otros se adelantan en una clámide de tristeza y una luz morada los circunda.

En esta pesca milagrosa de pensamientos vienen todos los siglos; son un presente que atraviesa los días y llega a mí gastado como una estrella en el viento.

¿Qué mano lanzó montaña abajo desde la cumbre donde se vacía la colmena del día esta ola de pensamientos?

¿Quién empujó la barca desde la eternidad hacia mí?

Yo sólo sé que estoy penetrado de pensamientos, así como un espejo de luz. Si me tocais el corazón volarán sobre las más altas torres.

Pensamientos purificados como agua en la arena; pensamientos maduros que se deslíen como los frutos de un árbol invisible.

En la noche cuando tu recuerdo, mujer, me invade y se yergue el espíritu inmóvil como si quisiera morir, entonces desde el fondo de mí, lejanísimos y ajados por la desgracia vienen acercándose mis pensamientos.

Y cuando todos se unen, cuando forman con la noche un amasijo lloroso, entonces yo siento que soy aquel pescador que al echar la red en su mar se quedó triste y mudo.

¡Yo debí tender mi red en tu corazón, Señor, y no lo supe! ¡Y acaso ya pasó la hora y sería tarde!

III

LA ORACION DE LA MUERTE

Un día, de improvisto acaso, se desplomará ésta columna de mi vida y en torno mío la soledad y el gris silencio de la muerte bajarán como una pestaña sobre unos ojos inmóviles.

Entonces, Cristo mío tus manos de miel y amatista recogerán mi alma llameante así como el espigador alza en las eras el trigo que abandonó el Señor.

Antes de morir habré estremecido mis árboles con un soplo en tu alabanza y para recordarte aún más allá de mis huesos grabaré tu nombre en los pensamientos hondos del hijo. ¿Y si no lo tuviera, Señor? ¿Si no quedara de mi mar ni una ola?

Sé que la muerte ha de venir sigilosa, como la luz que de pronto inunda los cristales y es dueña del mundo. Sé, mi Señor, que a tí sólo puedo temer en la hora en que se desquicie mi alma en busca de su nido eterno.

Pero tú, Crucificado, que me diste la tierra para no perderme ¡la tierra! con sus montes combados como pomos, con sus valles suaves como la cabellera de una madre triste, con sus ríos vivificantes que se dan en un largo bien. Tú, mi Señor, que me diste el mundo para agitar la canción de mis entrañas ¡cómo podrías dejarme solo cuando me deslice hacia la muerte! ¡En qué báculo puedo apoyarme si tú no me ayudas!...

¡Temo, Señor, el turbión estupendo que asorda la hora última! Sé que nada podría defenderme de tu ira, ni éste corazón donde la tierra se copió hasta la raíz llorosa.

¡Tú saldrás a mi encuentro, Señor, cuando me vaya, buscándote! Así como un día tendiste tu arco-iris sobre la tierra, quedará mi corazón al apagarse, mirándote.